

PEDAGOGIA CATEQUISTICA

Por **MARIA CEBALLOS URIBE**

Si se excluyen los términos que se refieren a la Divinidad, quizá no haya en el léxico palabra que entrañe idea de más rico contenido que el término educación: en el desarrollo de la teoría educativa, él ha dado tema para estudios los más profundos y hermosos; él apasiona la mentalidad contemporánea llegando a constituir una de sus características, habiendo dado también origen en todos los tiempos a errores trascendentales, desde los puntos de vista religioso, filosófico y pedagógico, porque muchos, atendiendo sólo a la etimología de la palabra, dicen que educar es sacar de una materia la forma que la perfecciona, desconociendo que ésta no puede "salir toda de la naturaleza humana, ya que comprende una gran parte sobrenatural"; otros piensan que la educación "se ha de preocupar únicamente porque las singularidades individuales de los niños se desenvuelvan"; éstos hablan de cierta "fuerza interna", mediante la cual la índole de cada sujeto se desarrolla consecuentemente consigo misma, prescindiendo, totalmente, de su relación con el criterio moral; quienes esperan que aquel ideal surgirá de "la evolución espontánea de la vida bajo las leyes de la selección, la lucha y la herencia que irá perfeccionando la actual especie humana".

Frente a estas concepciones erróneas y unilaterales que contienen fragmentos de verdad, pero nunca la Verdad, y frente a muchas otras que sería prolijo enumerar, formas diversas de Naturalismo, se yergue triunfadora y magnífica la concepción católica de la educación, la que se apoya y nutre en la verdad **Revelada** y en la **Tradicón**, la que considera al hombre lesionado en su naturaleza por la mancha original, pero regenerado por la gracia; la que abarca, en fin, no ya una parte del compuesto humano, sino que le toma en su totalidad: en su cuerpo y en su alma, estableciendo relaciones estrechas entre naturaleza y espíritu, individuo y sociedad, hombre y Dios, Dios y el mundo.

Qué pluralidad y a la vez qué armonía y qué unidad entre estos distintos factores ofrece la educación finalista, la que atiende en primer término al aspecto deontológico, esto es, la que consiste esencialmente en la formación del hombre "tal cual debe ser y cual debe portarse en esta vida para alcanzar el fin para el cual fué creado".

En pos de este ideal y deseando alcanzarlo para sus educandos, el maestro católico debe considerar como el primer medio para lograrlo el dar a sus discípulos una sólida formación religiosa y moral: al efecto, es necesario conceder la mayor importancia a los aspectos **teórico** y **práctico** de aquella formación, porque el educador está obligado a cuidar con esmero del tesoro inapreciable que le ha sido confiado: las almas de los niños, muchos de los cuales al llegar a la escuela viven aún esa vida divina que recibe con el Bautismo y que no es sustancialmente distinta de la que disfrutaron los bienaventurados, porque la gracia no es otra cosa en nosotros que "el comienzo de la gloria", como lo enseña el Angélico Doctor. Declara asimismo, el Concilio de Trento, que la gracia que se comunica con el Bautismo va acompañada del glorioso cortejo de todas las virtudes que, por especial donde Dios, junto con aquella penetran en el alma.

De ahí que el niño tienda naturalmente hacia Dios y que, en virtud de la fe infusa que ha recibido y teniendo en el fondo de su alma un maestro celestial, el Divino Iluminador, esté capacitado para recibir una educación religiosa exacta y precisa.

Se cuenta que el mártir Leonidas, padre de Orígenes, veneraba con tal fervor la presencia del Santificador en el alma de su hijo, que cuando éste dormía le descubría el pecho y le besaba con devoción como que era morada del Espíritu Santo.

Que hermosa es, pues, el alma del niño en los momentos precisos de su ingreso en la escuela cuando los ejemplos, enseñanzas y atención vigilante de la madre cristiana y educadora, han logrado que la gracia santificante recibida en el Bautismo, no sólo se conserve intacta sino que, en llegando el pequeño al uso de la razón pase, mediante una evolución lenta y preciosa a dar frutos de virtud y de santidad! Qué recompensa y cuánta gloria esperan a la madre cuando consciente de la misión que le ha sido confiada, se considera como continuadora de la obra del Creador y, en tal carácter, y hábil en el sublime arte de la abnegación, todo lo sacrifica por dar a su hijo una educación sabia y justa: su tiempo, su salud, su vida misma, porque está convencida de que "educar un niño es manejar con nuestras propias manos, directamente, los intereses de Dios".

Llega, pues, el niño a la escuela al iniciarse una etapa trascendental de su vida, cuando empiezan a manifestarse en él aquellas facultades que dicen de su ser inteligente; cuando comienza a distinguir entre el bien y el mal, cuando se prepara, en fin, para su **Primera Comunión!** Al banquete eucarístico habrá de presentarse, bien con el candor e inocencia que son propios de la tierna edad, bien con el arrepentimiento de sus primeras faltas. Cuántos deben ser los esfuerzos de padres y maestros para que esta primera visita de Jesús, este su primer ósculo de paz encuentre un corazón pronto a escuchar los toques del amor, y así esta comunión prime-

ra constituya para el niño el más dulce recuerdo de su vida y empiece desde entonces a amar la Eucaristía, misterio de luz y de sombras que compendia todo el cristianismo; que en el altar es sacrificio cruento; en la sagrada mesa alimento suavísimo y en el tabernáculo monumento perenne; misterio que nos hace conocer la omnipotencia, la sabiduría y el amor de Dios; "misterio de fe con las obscuridades propias de esta virtud y a la vez sol espléndido que ilumina en todas sus partes la Sagrada Teología", don magnífico que nos dá el mismo Autor de la gracia. Feliz el niño que sabe guardar fielmente en su corazón los ricos presentes que en aquel día dichoso le hace el Huésped Divino!

Qué fácil es, siguiendo el **método inductivo**, partir de lo conocido, de lo concreto, de lo singular, del hecho, del fenómeno, para llevar a la inteligencia del niño muchas de las verdades que en el orden religioso debe conocer. Bastaría para ello que, con una dirección adecuada, su atención fugaz se hiciese reflexiva mediante la contemplación de las maravillas que por todas partes le circundan, "porque las cosas visibles, dijo el Apóstol, no han sido hechas sino para conducirnos al conocimiento de las invisibles". (Roma, I, 20). Y se lee en el libro de la Sabiduría "porque de la grandeza y hermosura de las criaturas, se podrá a las claras venir en conocimiento del autor de ellas". (Cap. 13.V.1 y 5). Qué grato enseñarle a gustar desde pequeño la sublimidad y belleza de estas sentencias de la Escritura que hacen relación al tema: "Si, Dios mío! Vos lo habéis hecho todo con vuestra palabra. (Sab. 9, 2). Y sólo ha sido hecho lo que habéis querido (Jud. 9, 4). El día y la noche son obra vuestra; habéis formado la aurora y el sol y habéis fabricado el mundo y circunscrito sus límites (Salmo 73-16). Habéis hecho el cielo y la tierra y todas las criaturas que se mueven en la órbita inmensa de los cielos. (Est. - 13, - 10). Grandes son las obras del Señor: exquisitas y adecuadas para todos sus fines. (Del Salmo 110). No debe, pues, el catequista **partir de la fórmula**, sino que ésta ha de grabarse en la memoria cuando la verdad moral o dogmática haya penetrado en el alma del niño mediante una explicación sugestiva a la vez que seria y hasta donde se pueda erudita, para lograr así que el niño y el joven adquieran en el curso de su instrucción religiosa, una mentalidad católica que informe todos los actos de su vida presente y le haga entrever desde la tierna edad la futura bienandanza.

Autoridades en materia religiosa y en disciplinas pedagógicas señalan como una de las causas de la ignorancia en asunto de tanta entidad, los defectos y los errores de carácter didáctico en que suele incurrirse al transmitir las verdades de nuestra santa Religión: o no se emplea ningún método ejercitando tan sólo la memoria de los niños, señalando lecciones demasiado largas, exigiendo las fórmulas sin previa explicación, lo que muchas veces trae como consecuencia el que los alumnos sientan pereza por el estudio del catecismo el cual debiera llevarse su predilección si se les enseñara **seria, alegre y piadosamente**, con gran concepto de lo que se hace, como lo recomienda San Agustín.

A veces se emplea exclusivamente el **método deductivo**, cuando debiera practicarse el **inductivo integral** que consiste en la combinación adecuada de los procedimientos intuitivo, socrático, evangélico, histórico-geográfico y litúrgico: todo ello mediante la observación e intuición con lenguaje noble y elevado, saturado del respeto y de la unción que exigen la dignidad y grandeza de las verdades religiosas.

En la **instrucción catequística**, como en cualquiera otra enseñanza, hay que tener en cuenta las condiciones del sujeto que la recibe, recordando que el niño en las edades preescolar y escolar necesita ejercitar sus sentidos que son a manera de ventanas del alma por las cuales la inteligencia procede a su tarea propia: buscar la **esencia** de las cosas que aquéllos le presentan por medio de esa otra facultad preciosa, la imaginación: esencia de las cosas que la inteligencia alcanza a percibir por dos caminos: la abstracción y la generalización.

Podría alguien argüir: para qué hablar de métodos y de procedimientos, cuestiones éstas que la pedagogía toma de la filosofía, para qué tener en cuenta las condiciones psicológicas del niño en traándose de la Religión dado su carácter **sobrenatural**? Bien podría contestarse que lo sobrenatural no destruye lo natural sino que lo eleva y perfecciona y que los principios lógicos y los datos que suministra la psicología ayudarán a quien enseña el catecismo a alcanzar el mejor éxito en sus piadosos intentos. Verdad es que la mayoría de los hombres recibe las más grandes verdades de modo milagroso —**el mensaje del cielo** de que hablara Santo Tomás— y que en veces Dios favorece con su gracia y dones extraordinarios el humano entendimiento revelado a las humildes que no hallan cabida en la mente de los soberbios; mas también es cierto que el estudio de nuestra sacrosanta Religión proporciona a la inteligencia rectamente preparada los más puros e inefables goces, porque es de la naturaleza de esta facultad el buscar la verdad y gozarse en su contemplación.

Si la enseñanza de los **atributos divinos** formulada siguiendo un método que bien podría llamarse analítico-sintético, pues que de los efectos creados se llega a su causa primera, puede hacerse despertando el mayor interés en los niños, cuánta atracción tiene para ellos la clase de Religión e Historia Sagrada cuando es objeto de aquélla la **persona adorada de Nuestro Salvador**, “la que en todos los momentos de su historia en el tiempo se presenta a la consideración del creyente palpitante de gracia, de bondad y de misericordia”.

Difícil sería decir cuál de los períodos de su vida santísima ofrece una motivación más rica y variada, más seductora y hermosa: Si la **Infancia**, cuyos episodios llenos de ternura y de dulcedumbre son lecciones de humildad profunda, de sencillez encantadora, de suavidad exquisita. Si la **Vida Oculta**, caracterizada por el silencio, el retiro, la paz, pasajes estos cuya contemplación derrama sobre el alma virtud serenadora. Si los tres años de su **Vida Pública**, tan intensos y extensos, donde no se sabe cual de las múltiples actividades del Salvador es la más cautivadora y edificante. Qué temas más llenos de novedad y de sabiduría que los de sus conversaciones; cuánta riqueza de imágenes y poesía en la parábola;

qué elevación y sobriedad la de su discurso; qué sencillez para expresar las más sublimes verdades: doctrina la suya, la del **Reino de Dios**, tan profunda, amplia y misteriosa, pero a la vez de una claridad tal, palabra del Verbo, que penetra en "las mentes infantiles como un rayo de sol matinal en una gota de rocío".

Y si de la voz evangelizadora del Maestro, que en ocasión señalada dijo a sus discípulos: "Oh!, no os llaméis maestros; llamaos más bien hermanos, vuestro único Maestro es Cristo" (Evang. de S. Mat., XXIII, 8) se toman como puntos para la enseñanza aquellos otros hechos portentosos, **sus milagros**, manifestaciones de su poder, signos de su divinidad obrados ya sobre la naturaleza, ya para librar a quienes a El acudían con fe de las penalidades así espirituales como materiales que los aquejaban, es de ver los sentimientos de admiración y de afecto que estas conmovedoras y bellas narraciones despiertan en el niño, en el adolescente, en cualquiera que sea el sujeto de la instrucción religiosa.

Cuando se trata de educar en el niño la **sensibilidad**, en una de sus manifestaciones fundamentales, **el dolor**, habrá, acaso, medio más eficaz para lograrlo y para formarle en el santo temor de Dios, "principio de la Sabiduría", que hacerle reflexionar sobre las escenas dolorosamente trágicas de la **Pasión** que ellos han intuido desde pequeños? Qué grato a la piedad del maestro cristiano el excitar en los niños afectos de contricción por las faltas cometidas y de amor hacia la Víctima Augusta que en el sacrificio cruento, que se inicia con la Agonía en Getsemaní y culmina con los horrores de la Crucifixión en el Calvario, se manifiesta manso y paciente ante los ultrajes e injurias que padece con dignidad majestuosa, con serenidad imperturbable, con santidad resplandeciente.

Y si se quiere educar la misma facultad afectiva en su otra manifestación básica, **el gozo**, basta hacerle contemplar los misterios pascuales en sus aspectos histórico, litúrgico y dogmático, tiempo éste en que la Santa Iglesia hace manifiesta su alegría recordando la Resurrección triunfante "prueba la más fehaciente de la Divinidad" dice San Gregorio, y base de nuestra fe; su Ascensión gloriosa coronamiento de su vida y Pentecostés, tiempo de la santidad, en el cual "Cristo se difunde en las almas por el Espíritu Santo".

Nuevos encantos adquiere el estudio de la vida de Nuestro Señor cuando a estos cuadros divinos se les coloca en un marco **histórico-geográfico de la Palestina**, haciendo conocer de los niños las características del pueblo israelita, las condiciones religiosas, sociales y políticas en que se encontraba la nación al advenimiento del Mesías, asociando estos puntos con lecciones del Antiguo Testamento, puntualizando en el cumplimiento de las profesías y en aquellos pasajes que hacen relación a la **Vida de Nuestra Señora la Virgen María**.

Y cuando se describen los episodios de la Infancia y Vida oculta, qué grato a nuestra piedad hablarles de Belén, la pequeña y alegre ciudad, "la casa del pan", la de los ricos y abundantes pastos; de Nazaret, la capital Galilea tan solitaria y tranquila; de Jerusalén la metrópoli judía, centro religioso, político y cultural del país, y de su templo magnífico. Y cuando se trata de la vida pública, qué atrayente resulta hablarles del Jordán, del río sagrado que descendiendo del Hermón, en el Antilibano, forma a Genezareth el bello

algo rodeado entonces de aldeas pintorescas, de campos fértiles, lugares estos preferidos del Señor; de las regiones de la Samaria, de la Perea y la Decápolis; de las montañas y colinas, llanuras y valles donde tantos y tan famosos hechos se cumplieron: en fin, de todo aquel territorio de la Cisjordania y Transjordania tantas veces visitado por el Maestro en sus largas correrías misionales. Bendita tierra ésta de la Palestina, la Tierra Santa, tantas veces hollada por las plantas divinas del Salvador pues que en ella transcurrieron su vida misionera, su pasión dolorosa y los hechos triunfales de su Resurrección!

Entre las ricas y variadas formas de espiritualidad que es necesario desarrollar y cultivar en los niños y en los jóvenes, cuando se hace la educación religiosa, está la de infundirles devoción y afecto por la **Liturgia**, porque ésta con sus múltiples y delicadas formas de expresión habla a la inteligencia por cuanto está saturada de dogma; al sentimiento, porque es fuente de intensa vida afectiva, bien que moderada siempre por cierta medida y equilibrio, compostura y distinción, como puede observarse en el Santo Sacrificio de la Misa modelo de la más noble y serena actitud del alma; a la moral, porque las oraciones y acciones tienen siempre un fundamento ético. Dice Romano Guardini: "La labor de los siglos ha depositado en la Liturgia sus esencias mejores: sus oraciones y versículos son a modo de delicadísimo encaje que reunidos forman la bella arquitectura que ofrece la reglamentación canónica de las Horas y de la Santa Misa, hasta culminar triunfalmente con esa maravillosa obra de conjunto que constituye el Año Litúrgico, a cuya formación han contribuido todas las manifestaciones espirituales en sus formas más variadas: desde el propio de tiempo sencillo y claro, hasta el esplendor de las más recientes fiestas, pasando por el tierno encanto de la de las Madres de Dios y la fragante delicadeza del rezo de las vírgenes y de los mártires". ¿Por qué no hacer participantes a los niños de la vida litúrgica tan llena de espiritualidad y de grandeza haciéndoles comprender que ellos son células vivas de ese Cuerpo místico cuya cabeza es Jesucristo? Las oraciones, acciones y ceremonias, vasos sagrados y ornamentos que son necesarios para la celebración del Santo Sacrificio, darán al catequista oportunidad magnífica para hacer una enseñanza que, mediante la observación, dé lugar a procedimientos intuitivos y de exposición que haga amable y atrayente el estudio de estos temas fundamentales y fácil el aprendizaje de las fórmulas catequísticas que son la **sintética expresión del dogma**.

Qué amable se hace para el niño la instrucción religiosa y cuánta importancia dará cuando sea mayor a las ceremonias del culto, cuando desde pequeño se le ha dado idea del valor dogmático, cultural, artístico y universal de la Liturgia, lo que contribuirá también a que aprenda a portarse en la Casa de Dios con "**la corrección y severidad que son de rigor en la corte de su Majestad Divina**".

Excelencias de la educación religiosa; valor de esta tarea en

el hogar y en la escuela; necesidad de hacer la enseñanza catequística teniendo en cuenta los principios de la Lógica y los de la Psicología; conveniencia que reporta el poner en práctica el método inductivo integral, todo ello para lograr el **aprendizaje de la verdad moral o dogmática**, han sido los puntos que, en forma sintética, se han tratado en este estudio.

Y para terminar podría preguntarse: habrá ciencia que de modo más perfecto alcance el desarrollo de la **inteligencia humana** que la Religión, ciencia de Dios, ya se trate de conocerle por las simples luces de la razón o por esta misma alumbrada por la Revelación sobrenatural. ¿Qué estudio más **noble** que éste que versa sobre el Ser Infinito en sus perfecciones y que, por lo tanto, contribuya en forma más directa a despertar en el niño el amor a lo verdadero, a lo bueno y a lo bello puesto que Dios es la **Verdad**, la **Bondad**, la **Belleza**?

Si tan necesario es educar en el niño la **sensibilidad** en sus dos manifestaciones fundamentales, el gozo y el dolor, habrá otra ciencia que ofrezca un contenido más excelente y normas más adecuadas para lograrlo?

¿Y si de la **voluntad** se trata, qué otro estudio más apropiado que el religioso para mover aquella poderosa fuerza psíquica a buscar la verdad, a practicar el bien y a amar la belleza?

No hay, pues, ciencia que en forma más completa atienda a la salud del hombre que la **Religión, ciencia de Dios**, puesto que le prepara para la vida temporal, pero mirando, por sobre todo, a su eterna felicidad.

BIBLIOGRAFIA

- L. C. L. FILLION. Vida de Nuestro Señor Jesucristo.
- ABBE. CHARLES EUGENE ROY. Méthode Pédagogique del enseignement du Catéchisme.
- Fr. DE HOVRE. Sistemas filosóficos y pedagógicos contemporáneos.
- R. P. RUIZ AMADO S. J. Comentarios a la Encíclica "La Educación Cristiana" de Su Santidad Pío XI.
- ROMANO GUARDINI. El Espíritu de la Liturgia.